

## EN CHURUBUSCO

Para honrar á los héroes que murieron  
En medio del fragor de la batalla,  
Dadme la voz de las azules ondas  
Que del indiano mar las costas bañan.

Desde el león espanto de la selva,  
Hasta las cumbres en que duerme el águila,  
Del cielo al mar y del hogar al nido,  
En la alcoba lo mismo que en la rama,  
La madre llora por el hijo tierno  
Que la implacable muerte le arrebató.

Se enluta el nido cuando el ave muere,  
Al arrancar la perla cruje el nácar  
Y cruje cuando el hierro abre la veta  
El abrupto peñón en la montaña.

Desde el espacio azul al hondo abismo  
Que la tiniebla pavorosa guarda,  
Todo en amor palpita y todo sufre,  
Todo ante el paso de la muerte calla.

Estas praderas que con rayos de oro  
El sol de Agosto fecundante baña,  
Donde el silvestre cardo erizas hojas  
Con blancas flores adornando esmalta;

Estos campos que viste primavera  
Con sus ricos tapices de esmeralda,  
Fueron en tiempo de invasión injusta  
Ensangrentados campos de batalla.

En ellos como altivos gladiadores  
Que al ancho estadio con su arrojo pasman,  
Lucharon desde el niño hasta el anciano  
Con fe de Atenas y valor de Esparta.

¡Diganlo aquellos muros carcomidos  
Que ya el desierto monasterio guardan  
Y en cuyos tristes largos corredores  
Las sombras cruzan de Rincón y Anaya!

Diganlo á todos con idioma augusto  
Las negras bocas de arcos y ventanas,

Por las cuales sembrando luto y muerte  
Entró la lluvia de extranjeras balas.

Nunca llaméis derrota al heroísmo,  
La luz no sirve si los ojos faltan,  
Y aquí sólo llegaron los extraños  
Cuando faltó la pólvora en las armas.

Tendió la noche sus heladas sombras  
Y sobre el ancho campo de batalla,  
Fúnebres asomaron las estrellas  
Brillando en el espacio como lágrimas.

Sabemos ya los nombres de los héroes,  
Sus nobles hechos nuestra historia guarda  
Y su grandioso ejemplo imitaremos  
Si nuestro suelo el invasor profana.

No llanto femenino sobre sus tumbas  
Los ojos melancólicos derraman,  
Laurel y encinas cubrirán las losas  
Que tantos restos en silencio guardan.

Los que vivís aún desde aquel tiempo,  
Alzad las frentes sin rubor ni mancha,  
Cual los sabinos del sagrado bosque  
Que al cielo elevan sus brillantes ramas.

Llevadnos á jurar sobre las fosas  
De los mártires mil de esa jornada,  
Llevadnos á jurar con noble aliento,  
Que la bandera hermosa y sacrosanta

Que el pueblo esclavo presintió en Dolores  
Y el pueblo libre tremoló en Iguala;  
Esa bandera con que pudo altivo  
Proclamar la República Santa-Ana,

Con la que en Veracruz venció á los galos  
Y allá en Tampico derrotó á Barradas;  
La bandera preciosa con que Juárez  
Salvó la independencia mexicana,

La gloriosa bandera que da sombra  
A tantas glorias de la edad pasada;  
Llevadnos á jurar que será siempre  
Grande, feliz, espléndida, sin mancha,

Lo mismo ante los pueblos de la Europa  
Que ante la gran familia americana:

Siendo ese juramento en este instante  
La oración á los muertos por la patria.

## LOS FUEROS DEL VALOR.

Á LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA DUQUESA DE PRIM

Bajo los candentes rayos  
del rojo sol de la costa,  
sobre secos arenales  
cuyos vapores sofocan;  
en donde el viento no cruza  
ni la nube bienhechora  
sobre el agotado suelo  
arrastra indecisa sombra;  
huyendo de la epidemia  
que en Veracruz diezma y corta  
de franceses y españoles  
á las aguerridas tropas,  
vienen ambas caminando  
hácia la falda escabrosa  
de Acultzingo, por convenio  
de los jefes de una y otras,  
á quienes da su permiso  
el Gobierno, de que pongan  
sus cuarteles en las plazas  
que clima benigno gozan.

Mas tal convenio que hoy día  
de la *Soledad* se nombra,  
no le fué comunicado  
á un Jefe que en tales horas  
el camino custodiaba  
con una fuerza muy corta.

No más de doscientos hombres  
aunque resueltos, la forman,  
y órdenes tiene severas  
de impedir á toda costa  
el paso, por aquel punto  
de las fuerzas invasoras.

Al ver venir á lo lejos  
con marcialidad y pompa,  
las legiones franco-iberas,  
y que sin recelo toman  
del camino de las cumbres  
la carretera más próxima,  
dispone luego á su gente  
que las armas tiene prontas  
y se planta en són de guerra  
donde más el paso estorba.

Al divisar los que llegan  
tan extraña maniobra  
á su General en Jefe  
dan parte de que se notan  
preparativos de ataque,  
lo cual á todos asombra.

Era PRIM el que mandaba  
el ejército, y de boca  
de sus soldados sabiendo  
novedad tan sospechosa,  
adelanta un emisario  
que blanca bandera porta,  
para preguntar al Jefe  
la razón, pues que la ignora,  
que tiene para oponerse  
á la marcha de sus tropas.

Rápido va el emisario,  
los opuestos lindes toca,  
con el Jefe mexicano  
muy en breve se apersona,  
y le refiere el convenio,  
le dice por qué la costa  
han dejado, y por qué vienen  
á acampar sobre las lomas.

Atento le escucha el otro  
y dando respuesta pronta  
le dice que tal convenio  
no conoce, y pues lo ignora  
y órdenes no ha recibido  
que á la consigna se opongan,  
habrá de luchar con ellos  
sin contar, pues no le importa,  
ni los que á su lado tienen,  
ni los que vienen en contra.

— Somos muchos.

— No los cuento.

— Tenéis muy pocos.

— Me sobran,

Para morir por la patria  
no he menester gran escolta.

— Pasaremos

— no lo dudo;

sangrienta será la alfombra.

— ¿No cedéis?

— Aunque viniera

contra mí toda la Europa.

— ¿Eso le digo á mi Jefe?

— Y agregad por cuenta propia

cuanto gustéis, yo sostengo  
un reto que me acomoda.

Vuelve el mensajero triste,  
habla con PRIM y le abona  
el valor del adversario,  
valor que á todos asombra.

Después de escuchar atento,  
dice PRIM que reflexiona:

— «De acometer á esos hombres  
es segura su derrota,  
mas el éxito sería  
vergüenza más que victoria.

Soldados que así obedecen,  
valientes que así se portan,  
en tan solemnes momentos  
merecen respeto y honra,  
y honra y respeto ha de darles  
nuestra bandera española.»

Y después de decir esto  
manda hacer alto á las tropas  
y al general mexicano  
pone al momento una nota  
refiriendo lo que pasa  
y pidiendo que disponga  
que el paso no les impida  
aquel jefe á quien pregona  
caballeroso y valiente,  
cuyo atrevimiento elogia.

En comunicar tal orden  
transcurren más de tres horas,

y todo ese tiempo quedan  
sufriendo el sol de la costa  
tendidas á campo raso  
las legiones invasoras.

Suena al fin de los clarines  
la voz, indicando ronca,  
que vuelve á ponerse en marcha  
la ya fatigada tropa.

Ordénanse las columnas,  
y entre nubes polvorosas,  
se deslizan lentamente  
sobre las tendidas lomas.

Llegan al punto que guarda  
el jefe que pocas horas  
antes les detuvo el paso,  
el cual con su gente forma  
á la izquierda del camino  
en actitud silenciosa.

Al cruzar la descubierta  
por aquel punto, se asoma  
al rostro de los que vienen  
la curiosidad más honda  
por conocer al osado  
que obtiene al fin la victoria,  
pues con su valor, tan sólo  
tanto tiempo el paso estorba.

Y con respeto le miran,  
y con cariño le nombran,  
y ya van lejos, y el rostro  
á cada segundo tornan.

Sobre un corcel arrogante  
que agita su crin sedosa,  
y con la espuma del freno  
el nervado pecho moja,  
llega PRIM, y diligente  
con la corte numerosa  
de ayudantes que le siguen  
y de amigos que le escoltan,  
al jefe busca y lo encuentra,  
y al mirar que cuando nota  
su presencia se adelanta,  
pica al caballo, y la pronta  
mano tendiendo le dice:

— «Caballero, á mucha honra

tengo en conocer á un bravo  
que de su patria es la gloria;  
nación que tiene soldados  
como el que marcó á mis tropas  
el alto, cuando tenía  
por segura la derrota,  
es nación á quien reserva  
grandes páginas la historia.»

Vuelve á oprimirle la mano,  
y antes que el otro responda,  
entre una nube de polvo  
gana camino en las lomas  
ensalzando á aquel valiente  
con los que á su lado trotan.

Han pasado muchos años;  
la Basílica de Atocha,  
guardando de PRIM el sueño  
bajo sus macizas bóvedas  
conserva el recuerdo vivo  
de su valor y gloria  
alcanzada en Castillejos  
por las armas españolas.

También un eterno sueño  
en nuestro suelo reposa  
el temerario soldado  
que á PRIM el paso le corta  
sin medir número, fuerza,  
ni el gran peligro que afronta:  
el coronel FÉLIZ DÍAZ  
á quien recuerda la historia  
como altivo y como osado,  
como valiente y patriota!

## RIVERITA.

(8 de Mayo de 1863.)

Á MI MUY QUERIDO AMIGO EDUARDO FRANCO

En la acción de San Lorenzo,  
Triste para el suelo patrio,  
Cuando Comonfort luchaba  
Como un antiguo espartano,  
Siendo su lúgubre alfombra  
La sangre de sus soldados;  
Cuando el humo ennegrecía  
La atmósfera de su campo  
Como ennegrecer las trombas  
Al mar que ruge agitado;  
Cuando ya faltaban hombres  
Pues los fieles y los bravos  
Por la metralla francesa  
Murieron acribillados;  
Comonfort buscó entre todos  
Los pocos que le quedaron,  
Al que llevara en la lucha  
Como un tesoro sagrado,  
La bandera de la patria,  
Pues temió que de sus manos  
El victorioso enemigo  
Se la hubiera arrebatado.  
«Que venga Ignacio Rivera»  
— Gritó Comonfort temblando —  
«General: Rivera ha muerto,  
— Respondió al punto un soldado —  
«Yo al pasar vi su cadáver  
Lleno de sangre en el campo.»  
«¿Y la bandera?» — «No he visto  
Que tenga nada.

— «¡Está claro!»

«El francés, estoy seguro,  
«Se la quitó de las manos,  
«Busquémos ese cadáver

«Porque Rivera fué un bravo  
 «Y hagámosle los honores  
 «Merecidos á su rango.»

Entre montones de muertos  
 Al pie de un cerro hacinados,  
 Hallóse al jefe que en vida  
 «*Riverita*» le llamaron,  
 Cubierto de polvo y sangre,  
 El rostro cual cera pálido,  
 Con el marcial uniforme  
 Bien puesto y abotonado,  
 En hombros de sus amigos  
 A Comonfort lo llevaron.  
 Comonfort miró el cadáver  
 Mal reprimiendo su llanto,  
 Y al contarle las heridas  
 En el pecho y en el cráneo,  
 Vió en su cuello un lienzo verde  
 En fresca sangre empapado:  
 Desabotónanle todos  
 El uniforme en el acto,  
 Y hallan ceñido á su pecho  
 Que las balas destrozaron,  
 del cuerpo de Zapadores  
 El pabellón sacrosanto.  
 Ya contener no pudieron  
 Sus lágrimas los soldados;  
 Comonfort enternecido  
 Por el hecho de aquel bravo  
 Ordenó que se le hicieran  
 Honores al sepultarlo,  
 Y que su ataúd cubriesen  
 No con flores ni con lauros,  
 Sino con el lienzo hermoso  
 Que lo amortajó en el campo:  
 Con la bandera bendita  
 Que le sirvió de sudario!

1893.

## SANTOS DEGOLLADO.

(15 DE JUNIO DE 1861)

## I.

De nuestra adorada patria  
 En los tiempos más aciagos,  
 ninguno fué más constante  
 de la batalla en los campos,  
 como el adalid humilde,  
 el demócrata preclaro  
 que con asombroso ingenio,  
 sufriendo mil descabros,  
 al poder de su palabra,  
 al influjo de su mando,  
 organizaba las tropas,  
 alzaba doquier soldados  
 para defender sin tregua  
 al pendón republicano.

Ese patricio sin mancha  
 era Santos Degollado,  
 cuyo limpio nombre brilla  
 en la Historia como un astro.

## II.

El año sesenta y uno,  
 año negro en nuestros fastos,  
 al saberse en el Congreso  
 la horrible muerte de Ocampo,  
 presentóse á la Asamblea  
 el General Degollado  
 y así dijo con palabras  
 que tronaban como rayos:  
 «En nombre de la justicia,  
 aquí vengo, ciudadanos,  
 y protesto ante los manes  
 del héroe y mártir Ocampo,  
 que no anhele la venganza  
 ni la fortuna ni el mando.

Contra viles asesinos  
luchar quiero en noble campo,  
para dar un escarmiento  
á enemigos tan villanos.

Pido por esto al Congreso  
que me tiene procesado,  
me deje verter mi sangre  
en la batalla luchando,  
para venir de mi causa  
tranquilo á esperar el fallo.»

Esas frases produjeron  
indescriptible entusiasmo  
y concedido el permiso  
marchó al combate Don Santos

## III.

Llegóse el quince de Junio  
y ya al frente de sus fuerzas,  
al rayar de la mañana  
salió don Santos de Lerma.

Marchó á proteger el paso  
de un convoy; rápido llega  
de Salazar á los Llanos,  
y luego ocupar intenta,  
para dar cima á sus planes,  
la montañas de la izquierda.

Mueve con afán sus tropas,  
y cuando nadie lo espera,  
en brusco y violento ataque  
los derrota por sorpresa  
Butrón, guerrillero infame  
que escondido las asecha.

En medio de aquel desorden  
Degollado las alienta,  
cuando un proyectil aleve  
el corazón le atraviesa.

Galvez recoge el cadáver  
y á Huixquilucan lo lleva,  
y allí en el campo enemigo,  
le hacen solemnes exéquias.

## IV

Cunde la triste noticia  
tan infausta como cierta,

y con sagrados crespones  
se enluta nuestra bandera  
como diciéndole á todos  
los que á su sombra se acercan:  
«Lloro á Santos Degollado,  
el patriota de alma inmensa,  
el adalid de mi causa,  
el orgullo de mi tierra;  
grande por sus heroísmos,  
por su fe, por su modestia,  
por su honradez no manchada,  
por su lealtad siempre entera  
y por la muerte que obtuvo  
defendiendo sus ideas!»

## LEANDRO VALLE.

(23 DE JUNIO DE 1861)

## I.

Blanco el cutis como armiño,  
algo tostado en el rostro,  
frente limpia y espaciosa,  
vivos y azules los ojos.

De regular estatura,  
de andar resuelto y airoso,  
enérgico en sus palabras  
y en sus confidencias sóbrio.

Educado desde niño  
entre militares doctos,  
siendo su primer combate  
del Norte contra el coloso.

Habiendo visto en Europa  
los sitios más apropósito  
para estudiar la estrategia,  
para conocer á fondo  
cuanto el soldado requiere  
para ser grande y heróico,  
era el joven Leandro Valle  
decidido y animoso;  
un león en los combates,  
un amigo firme y probo  
á quien amaban sus tropas  
y á quien respetaban todos.

## II.

Valle y Miramón opuestos  
 en opinión y esperanzas,  
 compañeros desde niños  
 como hermanos se trataban  
 y cuentan los que saben  
 que en el campo de batalla,  
 cuando á la sangrienta lucha  
 sus tropas se preparaban,  
 uno y otro se reunían  
 y en dulce y alegre plática  
 lamentando su destino,  
 su ruda suerte contraria,  
 que á ponerse frente á frente  
 doquiera los obligaba,  
 dábanse el cordial abrazo  
 que los uniera en la infancia  
 y lanzábanse al combate  
 con el valor y la audacia  
 de dos que no se conocen  
 y que de vencerse tratan.

## III.

Para el gobierno de Juárez,  
 para la causa gloriosa  
 que derribó antiguos fueros  
 al soplo de la Reforma;  
 llegó como espectro horrible,  
 como una marina tromba,  
 el año sesenta y uno  
 de luto para la historia.

En tal año Miguel Lerdo  
 tan grande como sus obras  
 entrega yerta á la muerte  
 su cabeza pensadora.

Muere asesinado Ocampo,  
 arrancado de Pomoca,  
 y que á sus viles verdugos  
 con su majestad asombra.

Muere Santos Degollado  
 en emboscada traidora,  
 y cuando todo vacila  
 y ya la causa zozobra,  
 sale lleno de ardimiento

y de esperanzas hermosas,  
 Leandro Valle, el héroe joven  
 que va á exterminar las hordas  
 que manda Butrón (1) y Márquez  
 para mengua de la Historia.

## IV.

Quien ha cruzado el camino  
 de Toluca para México  
 habrá visto de seguro  
 el monte obscuro y espeso  
 que en el campo de la historia  
 surge como un monumento.

Es el *Monte de las Cruces*  
 que en su enmarañado seno  
 guarda el peñon sacrosanto,  
 desde el cual bendijo al pueblo  
 el inmortal Cura Hidalgo  
 en inolvidables tiempos.

Allí la Naturaleza  
 despliega su manto régio,  
 vistiendo peñas y llanos  
 barrancos y ventisqueros,  
 con sabinos y oyamelos  
 con encinas y con ceibos.

No logra el sol meridiano  
 besar el húmedo suelo,  
 pues de sus rayos lo escuda  
 el alto ramaje espeso.

Ni logra hallar senda fácil  
 el extraviado viajero  
 porque una urdiembre de troncos  
 desorienta al más experto.

No logra el rumor humano  
 perturbar aquel silencio,  
 que interrumpen solamente  
 del sol al albor primero,  
 de los pájaros salvajes  
 los no aprendidos acentos.  
 Cuando allí tiende la noche  
 su flotante manto negro

(1) Butrón, después de que defecionó á su partido, fué fusilado por la Corte Marcial francesa el 8 de Julio de 1863.

cada roca es un sepulcro,  
 cada roble es un espectro,  
 y en medio de tanta sombra,  
 entre las quejas del viento,  
 parece que sólo imperan  
 la eternidad y el misterio.

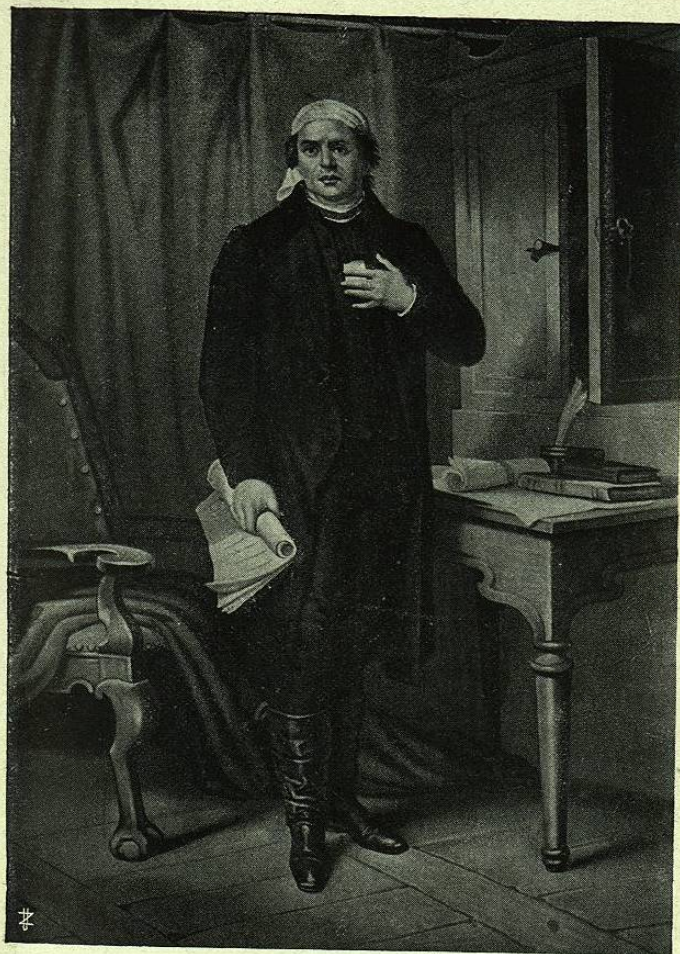
Por eso ha sido guarida,  
 ya de ardientes guerrilleros  
 que encuentran en esas rocas  
 formidables parapetos;  
 ya de atroces foragidos  
 que en sus cóncavos siniestros  
 esconden nuevas hazañas,  
 ocultan crímenes negros.

## V.

Fué Leandro Valle á *las Cruces*  
 seguido de escasa tropa,  
 pensando en dar á la Patria,  
 nuevas páginas de gloria.

Butrón y Márquez lo acechan;  
 Butrón el paso le corta:  
 Leandro Valle le resiste  
 con tenacidad heróica  
 y cuando sueña en vencerlos  
 y más ánimo recobra,  
 llegan las fuerzas de Márquez  
 que á las de Butrón engrosan  
 y vencer al joven héroe  
 tras rudos empujes logran.  
 Queda Valle prisionero;  
 y en tal sitio y tales horas  
 ni tienen con él clemencia  
 ni juicio alguno le forman.

A su aprehensión se sucede  
 la sentencia sin demora:  
 lo fusilan por la espalda  
 y befando su persona  
 cuelgan de un roble el cadáver  
 y colgado lo destrozan.  
 ¡No son hombres, son chacales  
 los que consuman tal obra!  
 ¡Hienas á las que persigue  
 la maldición de la Historia!



JOSÉ M.<sup>a</sup> MORELOS

Héroe de la Independencia.



## VI.

Sobre la cima del monte  
 á la izquierda del sendero  
 que conduce hasta Toluca  
 cuando se sale de México;  
 vestido de verdes hojas  
 se alza un roble corpulento  
 que tiene en su añoso tronco  
 una cruz grabada en hueco  
 y á su pié se vé esculpido  
 este imponente letrero:

«Aquí murió Leandro Valle;  
 «aquí colgaron su cuerpo;  
 «pedid para sus verdugos  
 «las maldiciones del Cielo.»

1893.

## AQUILES COLLIN

(23 DE JUNIO DE 1861)

## I.

Nacido en un pintoresco  
 pueblo de la culta Francia;  
 desde niño acostumbrado  
 á vivir en las montañas,  
 de rostro afable y tranquilo,  
 de penetrante mirada,  
 dotado de hercúleas fuerzas  
 y ancho de pecho y espaldas;  
 no en vano al nacer le dieron  
 sus padres que lo adoraban,  
 el nombre que eligió Homero  
 para dar vida á su Iliada.  
 AQUILES COLLIN no tuvo  
 más títulos ni prosápia  
 que los de amar ciegamente  
 las libertades humanas.

Combatió siendo muy joven  
 en las terribles jornadas  
 de Mayo que sacudieron  
 el viejo trono de Francia.